

TEATRO Y FIESTA POPULAR Y RELIGIOSA

Mariela Insúa | Martina Vinatea Recoba (eds.)



DON JUAN ROCA Y SERAFINA: EL RETRATO DE DOS PERSONAJES EN LA PRISIÓN DE UN DRAMA DE HONOR

Liège Rinaldi
Instituto Superior Anísio Teixeira (ISAT)

Este trabajo propone una interpretación de la construcción de los protagonistas de la comedia *El pintor de su deshonra*, de Calderón de la Barca, Don Juan Roca y Serafina, que son víctimas de un sistema que los encierra a todos en una prisión, donde los actos culpables o simplemente equivocados de cada personaje los conduce a un desenlace trágico, sin que sus actos inocentes se revelen ni los rediman.

A pesar de saber, porque era un tópico —«Quien tarde casa, mal casa»¹—, que debiera haberse casado cuando todavía era joven, don Juan dedicó los años de su juventud a entretenerse con los libros y la pintura, y solamente decidió casarse cuando era ya un hombre mayor. La decisión de casarse la ha tomado por insistencia de sus parientes, con el objeto de tener un heredero que lo sucediera en sus bienes; y se casa con una mujer joven y bella, su prima Serafina, en una boda concertada. Sin embargo se enamora de ella con solo ver su retrato y más aún al conocerla. Se convierte en un marido dedicado, pero no logra comprender la esencia de su esposa y, como pintor aficionado, no consigue llevar la imagen de ella al lienzo, pero transfiere la culpa de esta incapacidad a la belleza de Serafina.

Cuando su criado Juanete le revela la sospecha de haber un hombre escondido en su casa, enfrenta la situación con valentía y recorre

¹ Correas, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, 19882.

la casa en busca de ese hombre, aunque no consigue alcanzarlo. En este momento, los celos empiezan a atormentar a don Juan, que trata de ocultarlos.

En los festejos del carnaval barcelonés, dice a su esposa que acepte bailar con el máscara que la aborda, aunque esto le provoque más celos. Lo hace porque esto lo permiten los códigos de la celebración carnavalesca y él acepta las convenciones de la fiesta, pero aun así no se omite al ver peligrar su honor, pues, por averiguar quién es el máscara, ordena a su criado Juanete que lo siga y descubra su identidad.

Luego, cuando se incendia la quinta donde están, salva a Serafina y la deja desmayada con unos marineros para poder volver y socorrer también a sus deudos. Volver a por los suyos consiste en un acto de valor, pero abandonar a su esposa posibilita que el supuesto marinero —que en realidad es don Álvaro, el antiguo amante de Serafina, disfrazado— la rapte. Al enterarse del rapto, don Juan se arroja al mar con el intento de recuperarla, casi se ahoga y sus amigos lo rescatan, y en cuanto se restablece sale en busca de su esposa.

Mientras la busca, toma su afición a la pintura por disfraz y profesión, y pinta un lienzo que el príncipe de Ursino le encarga. Acepta otro encargo del príncipe que es el de retratar a una dama, que por coincidencia es Serafina. Don Juan la ve dormir tranquila, enseguida despertarse y abrazarse con don Álvaro, quien le avisa que esta tarde su padre don Luis vendrá a donde están. Aunque las apariencias no correspondan a la realidad, que de hecho es todo lo contrario, la escena que se dibuja ante los ojos de don Juan le hace suponer que su esposa se ha rendido al raptor, que es el hijo de su amigo, y que don Luis sabe de esta relación y está de acuerdo con ella, con que sería cómplice de su deshonra. Movidio por los celos y por la obligación de vengar su honor, don Juan dispara contra Serafina y don Álvaro. Reconoce su crimen y, por ende, acepta la posibilidad de que le den muerte. Es perdonado, pero aun así dice que se quitará de delante por no irritar a los padres de los cadáveres.

Don Juan actúa como un noble que reconoce sus deberes y las convenciones de la sociedad en que vive. Posee limitaciones —como la de no comprender a su esposa y tener una visión parcial de los hechos— y se equivoca, pero es un héroe trágico que es a la vez verdugo de su esposa y del presunto amante de ella, y víctima del código de honor al que está sometido por adecuarse a los imperativos

de su condición social. Aquí cabe recordar que para el noble del Siglo de Oro quedar marginado del estamento nobiliario y, por consiguiente, perder su vida social correspondía a perder su propia vida. Por eso, don Juan afirma en los versos 2663-2664: «no soy, mientras vengado / no esté»².

No obstante, no sin cuestionar las obligaciones y la justicia de la ley del honor ni sin sufrir, don Juan cumple con lo que le exige esta norma y venga su honor con la sangre de Serafina y de don Álvaro. Sus protestas evidencian su reflexión crítica acerca del código de honor:

Porque ¿quién creará de mí
que siendo (¡ay de mí!) quien soy
en aqueste estado estoy?
Mas ¿quién no lo creará así?
Pues todos la escrupulosa
condición del honor ven.
¡Mal haya el primero, amén,
que hizo ley tan rigurosa!
Poco del honor sabía
el legislador tirano
que puso en ajena mano
mi opinión y no en la mía.
¿Que a otro mi honor se sujete
y sea (¡injusta ley traidora!)
la afrenta de quien la llora
y no de quien la comete?
¿Mi fama ha de ser, honrosa,
cómplice al mal y no al bien?
¡Mal haya el primero, amén,
que hizo ley tan rigurosa!
El honor que nace mío
¿esclavo de otro? Eso no.
¿Y que me condene yo
por el ajeno albedrío?
¿Como bárbaro consiente
el mundo este infame rito?
¿Donde no hay culpa hay delito?

² Cito aquí y en adelante por mi edición crítica de *El pintor de su deshonra*, tesis doctoral inédita, 2011.

¿Y siendo otro el delincuente
de su malicia afrentosa
que a mí el castigo me den?
¡Mal haya el primero, amén,
que hizo ley tan rigurosa! (vv. 2598-2629)

En estos cuestionamientos de don Juan se nota la dicotomía *fama* x *virtud*; y se percibe una crítica a la idea de que la honra del noble no dependía solamente de sus méritos y virtudes, sino sobre todo de la fama que tenía delante de los demás, es decir de la opinión ajena.

Y observamos también en el habla de su amigo don Luis la opinión de la sociedad sobre el honor ofendido:

¡Oh, válgame Dios!, a cuántas
desdichas y sobresaltos
nace sujeto el honor
del más noble, el más honrado,
sin que el serlo le disculpe,
pues a los ojos humanos
por más que esta sea desdicha
no deja de ser agravio (vv. 2120-2127).

Asimismo, podemos advertir que no solo regido por la pasión del honor —que, como apunta Arellano, respondiendo a las valoraciones de Menéndez Pelayo y otros sobre las “pasiones humanas” de los personajes dramáticos, «no es menos pasión humana que el amor o los celos»³— don Juan actúa. Él está enamorado de Serafina y los celos lo atormentan desde la sospecha de que pueda haber otro hombre en su casa hasta ver a su esposa en brazos de don Álvaro. Contradiciendo la opinión de muchos críticos que ven a don Juan como un marido frío y sin relieve psicológico, percibimos que sus actos son movidos por la pasión: por el amor, por los celos y por el honor.

Para Parker don Juan actúa impulsado por una pasión impetuosa de celos y sus imprudencias se unen a las de los demás personajes, con excepción de los criados, en una cadena de causas y efectos que conducirán a la catástrofe: «La finalidad de este contorsionado y complicado argumento es el implicar directa o indirectamente en la catástrofe final a todos los personajes principales»⁴. A pesar de no concordar con todos los argumentos de Parker, sobre todo respecto a

³ Arellano, 2001, p. 28.

⁴ Cito por Durán y González Echevarría, 1976, vol. II, p. 378.

algunas de las supuestas imprudencias —como la hospitalidad de don Luis, que el crítico califica de efusiva y con el objeto egoísta de complacer al orgullo y a la vanidad del personaje, pero si la miramos bajo las convenciones de la época, nos damos cuenta de que nada tiene de exagerada, pues don Luis es un noble y, en el Siglo de Oro, ofrecer el hospedaje cumplía no solo con la ley de caridad, sino tenía también una gran importancia social—, consideramos muy certero su concepto de responsabilidad difusa.

Entendemos con Parker que don Juan es un personaje cuya tragedia está relacionada con una responsabilidad que se difunde entre él y otros personajes —sobre todo su esposa Serafina, el antiguo pretendiente de ella don Álvaro y el príncipe de Ursino— como consecuencia de los actos de cada uno de ellos, y a la vez con el azar. Es, por lo tanto, una conjunción del resultado de la fortuna (más que del hado) con las faltas cometidas por personajes que actúan con libre albedrío, en un laberinto de enredos cuya salida desemboca en un desenlace trágico tanto para Serafina y el galán raptor, como para el mismo don Juan, que, tomado por los celos y por la obligación de limpiar con sangre su honor, pierde a su amada esposa y, aunque recupere su honor y su ser social, queda destrozado como si hubiera perdido su propia vida.

DON JUAN Agora mas que me maten,
que ya no estimo la vida (vv. 3105-3106).

Serafina, por su parte, personifica un modelo de virtud, la imagen neoplatónica del ideal de belleza, pero todo su valor y honor quedan ignorados y los remplace el retrato de la adúltera que se dibuja en el final del drama ante los ojos de los demás personajes, sin que se descubra la verdad de su inocencia, pues el único que la conoce, don Álvaro, también muere.

La primera imagen que se tiene de Serafina en la comedia es la de su hermosura narrada por don Juan y ratificada por don Luis, quien además menciona su ingenio.

DON JUAN Como aunque mi pecho ingrato
por las noticias que tuvo
desde allá inclinado estuvo
de Serafina al retrato,
después que vio a Serafina

tan del todo se rindió
 que aun yo no sé si soy yo.
 DON LUIS Es su hermosura divina
 y su ingenio singular:
 de uno y otro soy testigo (vv. 77-86).

La prudencia marca la primera intervención de Serafina, que, por no ofender a nadie, se excusa de agradecer el favor del hospedaje que le hacen don Luis y Porcia, una vez que ambos lo reclaman para sí:

SERAFINA Habiendo de responder
 a los dos, bien menester
 será que partidos pida,
 que a dos favores (¡ay Dios!)
 estilo no hallo oportuno
 y así no respondo a uno
 por no agraviar a los dos (vv. 286-292).

Luego, cuando los hombres se van, tiene la prudencia de dispensar a las criadas y quedarse a solas con Porcia, a quien quiere confesar sus sentimientos. Cabe recordar, como ha indicado Vitse en su estudio sobre Serafina⁵, que al contrario de Mencía en *El médico de su honra* y Leonor en *A secreto agravio, secreta venganza*, que confidencian a sus criadas cuestiones de amor y de honor, Serafina lo hará a una persona de su misma condición social.

En este diálogo con Porcia, Serafina le cuenta respecto a la corte que le hizo don Álvaro, sus sentimientos hacia él, los planes que su padre tenía de que ella se casara con don Juan y la noticia de que don Álvaro se había muerto en un naufragio. Pocos versos más adelante, al reencontrar vivo a su antiguo amante, de quien sigue enamorada, Serafina afirma que, resignada con la muerte de él y por libre albedrío, decidió consentir con el pedido de su padre y casarse con don Juan.

SERAFINA [...] Contando a tu hermana estaba
 que hasta saber que habías muerto
 no me persuadió mi padre
 a haber elegido dueño:
 viuda de ti me he casado (vv. 599-603).

⁵ Vitse, 1998, p. 507.

Serafina asume los deberes que su nueva condición le exige, de modo que pone la defensa del honor de su esposo por encima de sus propios deseos y felicidad.

Su valor y constancia en la preservación de la honra se observan en diversas ocasiones a lo largo de la comedia. Cuando don Álvaro llega a su casa en Barcelona, en la Segunda Jornada, ella se esfuerza por que él se vaya y, si disimula la presencia de él cuando su marido aparece, más que por proteger al galán es a buen seguro por proteger su matrimonio y su honor. Intenta evitar a don Álvaro en los carnavales y baila con él solamente por obedecer a su marido, pero trata de acortar la situación y huir de las embestidas del insatisfecho amante preterido. Al darse cuenta, en la Tercera Jornada, de que él la ha raptado, se anega en llanto y rehúsa con ímpetu cualquier tentativa de acercamiento de don Álvaro.

SERAFINA [...]
 ¿Pensaste (¡ay de mí!) que fuera
 mi decoro tan liviano,
 tan fácil mi estimación,
 mi sentimiento tan vario,
 mi vanidad tan humilde,
 mi término tan villano
 y mi proceder tan otro,
 que me hubiera consolado
 de haber en un día perdido
 esposo, casa y estado,
 honor y reputación,
 con solo hallarme en tus brazos,
 vencida de tus traiciones,
 forzada de tus agravios? (vv. 2266-2279)

El que antes era para Serafina el ser amado se convierte en raptor que comete el delito de robarla y de robarle el honor y la condición social, con lo cual ella ya no puede encontrar en él el amor ni la felicidad.

Serafina sabe que el hecho de que don Álvaro la haya raptado ha manchado el honor de su esposo y que don Juan, por lo tanto, con certeza querrá venganza. Una vez que la reparación del honor se hace inevitable, la mejor solución que Serafina encuentra para la situación, y la pide a don Álvaro, es que él la envíe a un convento, donde viviría retirada hasta su muerte. Esta era una solución a los

casos de agravio al honor conyugal sin la necesidad de derramamiento de sangre. Sin embargo, el temerario raptor desprecia la cuestión del honor y persiste en su intención de recuperar el amor de la dama.

Cuando el príncipe de Ursino va al castillo o casa de monte en Belflor a encontrarse con Porcia y para no ser visto por don Álvaro entra en la cuadra donde está Serafina, ella intenta esconderse de él y al ser reconocida le pide que guarde secreto sobre haberla visto. Serafina lo hace por preservar la noticia de la deshonra de su marido y para que él no los encuentre, pues esto desembocaría en su muerte, como al final ocurre. Como hemos observado anteriormente, el príncipe, enamorado de Serafina, encarga a Roca, disfrazado de pintor, que le haga un retrato de la dama; y de esta manera pone al marido delante de su esposa y del responsable por su deshonra.

En el cautiverio del castillo o casa de monte, Serafina, afligida por la pérdida de su honor y su estado, y consciente de que don Juan se vengará, busca el alivio a su sufrimiento en el sueño, pero tampoco allí lo encuentra, pues sueña con su muerte a manos de su esposo. Entonces, ella, quien durante todo el drama ha observado con valor y prudencia sus obligaciones, sin permitir que sus deseos se impusieran sobre su honor, al despertarse del sueño de su muerte y ver a don Álvaro, tiene un momento de debilidad y encuentra consuelo en los brazos de él. Este momento de debilidad, aunque breve y ocasionado por el azar de una pesadilla, es para don Juan la confirmación de la culpa de su esposa y desencadena el asesinato de los ofensores de su honra, como forma de limpiarla. A más de esto, como ya hemos aludido, la reacción de don Juan también es impulsada por los celos de ver a su mujer en brazos de otro hombre.

De este modo, tras haber abrazado a don Álvaro y sin poder revelar su inocencia y todo el valor y respeto que mantuvo hacia su esposo, Serafina muere como adúltera para los demás personajes, pero como heroína trágica para los espectadores y lectores de *El pintor de su deshonra*.

Este es el retrato que tenemos de esta dama, víctima de su mala fortuna; víctima de las voluntades del inescrupuloso don Álvaro y del cuidadoso pero caprichoso príncipe de Ursino; víctima del sistema del honor y de los celos de su marido. Y ambos, don Juan y Serafina, son víctimas de las pasiones y de los imperativos de ese código de honor; y víctimas de una tragedia marcada por la falta de comunicación y por la soledad en que se encuentran los personajes, en una

prisión donde tienen que vivir solos con sus temores sin conseguir comprender ni hacerse entender por los demás personajes.

BIBLIOGRAFÍA

- Arellano, I., *Calderón y su escuela dramática*, Madrid, Ediciones del Laberinto, 2001.
- Calderón de la Barca, P., *El pintor de su deshonra*, ed. L. Rinaldi, en *Edición crítica de la comedia «El pintor de su deshonra», de Calderón de la Barca* [Tesis doctoral inédita], Pamplona, Universidad de Navarra, 2011.
- Correas, G., *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, ed. L. Combet, Madrid, Castalia, 2000.
- Durán, M. y R. González Echevarría, *Calderón y la crítica. Historia y antología*, Madrid, Gredos, 1976, 2 vols.
- Vitse, M., «En defensa de Serafina», en *Las mujeres en la sociedad española del Siglo de Oro: ficción teatral y realidad histórica*, *Actas del II Coloquio del Aula-Biblioteca "Mira de Amézcue" celebrado en Granada-Úbeda del 7 al 9 de marzo de 1997 y cuatro estudios clásicos sobre el tema*, Granada, Universidad de Granada, 1998, pp. 503-555.